

MANOLÓ

(Deteniéndole y ocultándole.) Espera... ¡Calla! Luego...
Que no se enteren... No sabes entre qué gente estamos... *(Gran animación; hablan todos a un tiempo. — Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en el Gobierno civil. Dos grandes balcones en el fondo.
Sobre las sillas y la mesa, vestidos y sombreros de señora.

ESCENA I

D. SANTIAGO y un EMPLEADO

SANTIAGO

¿Dónde está don Trino? Llame usted a don Trino. ¿Pero qué es esto? ¿Qué significa este vestuario?

EMPLEADO

No sé decir a usía; yo he estado toda la mañana en la catedral.

SANTIAGO

Está bien. Avise usted a don Trino. ¡Bueno está el Gobierno! ¡Valiente Gobierno!

ESCENA II

Dichos y JOSEFINA. Después la DONCELLA.

JOSEFINA

¿Estás haciendo un discurso de oposición?

SANTIAGO

¿Yo?

JOSEFINA

Como decías: «¡Valiente Gobierno! ¡Bueno está el Gobierno.»

SANTIAGO

El de mi casa; éste; ¿Dónde me sienta? ¿Dónde escribo? Busque usted a don Trino.

JOSEFINA

¿A don Trino? Le tengo yo ocupado.

SANTIAGO

Está bien. Puede usted retirarse. *(Sale el empleado.)*

JOSEFINA

Está adornando la mesa para el refresco.

SANTIAGO

¡Pero, Josefina, un empleado antiguo!...

JOSEFINA

Se ha ofrecido él; presume de tener gusto y habilidad para esas cosas.

SANTIAGO

Bueno; pase que los empleados adornen mesas y tapien muebles como el otro día y cosan a máquina si te parece..., pero haz el favor de recoger esta trapería.

JOSEFINA

Ten un poquito de paciencia. Es que Carmen ha estado arreglando su equipaje y yo mis armarios, para colocar los vestidos que me han mandado de Madrid... y he-

mos tenido que traer aquí todo esto para entendernos... Ya sabes cómo está la casa con los huéspedes... Estos edificios antiguos no tienen ninguna comodidad...

SANTIAGO

¿Y dónde recibo yo a la gente!

JOSEFINA

¡Ay, qué pesado! *(Toca el timbre y sale el empleado.)*

EMPLEADO

A la orden de usía.

JOSEFINA

Avisé usted a la doncella de la señora Marquesa, y diga usted a don Trino que si necesita más claveles, en mi tocador hay dos ramos grandes.

EMPLEADO

Está muy bien. *(Sale el empleado.)*

JOSEFINA

En seguida lo recogerán todo.

SANTIAGO

¡Uf, qué calor! Se porta el veranillo de los membrillos... ¡Y con la levita puesta todo el día!

JOSEFINA

Quítatela. Ahora no vas a salir ni a recibir a nadie.

SANTIAGO

Tengo que escribir al Ministro, mujer. *(Entra la doncella.)*

DONCELLA

¿Qué deseaba la señora?

JOSEFINA

Haga usted el favor de recoger todo esto... ¿Y la Marquesa?

DONCELLA

Está vistiéndose para la recepción de esta noche.

SANTIAGO

¡Por Dios!, no es recepción; dígame usted que sólo vendrán personas de confianza a ver los fuegos desde los balcones.

DONCELLA

Es igual. La señora Marquesa tiene la costumbre inglesa de escotarse en cuanto es de noche.

SANTIAGO

Si es costumbre...

DONCELLA

Solamente si la reunión es de confianza, el escote es alto; si es gran recepción, escote bajo.

JOSEFINA

¡Claro, hombre; claro! *(Sale la doncella.)* ¡Qué cosas tienes! ¡Dar lugar a que una doncella tenga que darte lecciones!

SANTIAGO

¿Qué quieres? Yo no sabía que en Inglaterra en cuanto anochece... plaf... pecho al agua; digo, pecho al aire...

JOSEFINA

¡Qué buen humor!

SANTIAGO

Sí, lo acertaste... ¡Si tú supieras de qué humor estoy!

JOSEFINA

¿Qué te pasa?

SANTIAGO

Nada. He consultado a Madrid y no contestan nada concreto, vaguedades: «que yo solo puedo apreciar las circunstancias de la provincia; que el Gobierno no tiene criterio.»

JOSEFINA

¿Y a quién se le ocurre preguntar lo que debes hacer? Dirán, con razón, que eres un pazguato; que no tienes resolución para nada. Lo primero que se necesita para ocupar un cargo de importancia es tener carácter... y tener carácter, es hacer lo que a uno le parezca; y si sale mal, sostenerse con más fuerza en ello.

SANTIAGO

Pues así haré...

JOSEFINA

¿Y qué has decidido?

SANTIAGO

Cumplir la ley.

JOSEFINA

¡Cumplir la ley! De seguro has hecho una tontería.
¿Has autorizado la representación del drama?

SANTIAGO

¡Naturalmente! Ya se habrán fijado los carteles anunciando la primera representación.

JOSEFINA

¿Has hecho eso?

SANTIAGO

¡Claro que sí!

JOSEFINA

¿Después de haber oído a Su Ilustrísima esta mañana?
¿Cuando todas las personas distinguidas de Moraleda se agrupan en torno suyo para oponer un dique?...

SANTIAGO

Desciende de la tribuna: ése no es tu sitio. Sobre todo, mi deber no es contentar a unos cuantos, aunque sean muchos; aunque fueran todos: mi deber es cumplir la ley.

JOSEFINA

¡Sí ya sabía yo que tarde o temprano nos pondríamos en ridículo; que saldrías de aquí inutilizado para la política y para todo!

SANTIAGO

¡Josefina! ¡Qué idea tienes de la legalidad! ¡Ah! Digan

lo que digan los modernos feministas, la mujer tendrá siempre menos desarrollado que el hombre el sentido moral.

JOSEFINA

Pero tenemos sentido común, del que tú careces en absoluto. ¡Si bien me decía tu tío, cuando yo..., yo, porque tú eres incapaz de nada, fuí a pedirle que te recomendara al Ministro, porque nuestra situación no podía ser más angustiosa: «Desengáñate, Josefina: el pobre Santiago no servirá nunca más que para jefe de Negociado; de puro hacer el Quijote saldrá del Gobierno como Sancho Panza!» ¡Tu tío es profeta!

SANTIAGO

Mira, Josefina, amada esposa: no estoy dispuesto a que la paz de nuestro hogar, aunque este hogar sea interinamente un Gobierno civil, se perturbe por cuestiones políticas... Nada de eso debe preocupar a una mujer encantadora como tú, por quien yo, que nunca fuí ambicioso, he luchado y lucharé con todas mis fuerzas; porque no digo en un Gobierno de segunda clase, en un trono te sentaría yo si pudiera.

JOSEFINA

¿En un trono? ¡Para lo que había de durarme!

SANTIAGO

¡Cuidado que estás guapa y elegante! ¿No crees que por tener una Gobernadora como tú se le pueden perdonar al Gobernador sus ideas avanzadas?...

JOSEFINA

No avances, no avances..., y déjate de zalamerías: el asunto es muy serio.

SANTIAGO

Por lo mismo que es serio, no puedo aceptar tu intervención.

JOSEFINA

¡Ah! Eso es lo que yo significo para ti... En los asuntos serios de la vida no debo tener voz ni voto; no soy tu esposa, tu compañera; soy un juguete, una criatura insubstancial, que sólo entiende de frivolidades. ¿No es eso? Esa es la consideración que te merezco a cambio de tantos sacrificios, de tantas privaciones como he compartido contigo...

SANTIAGO

¡Pero, mujer; Josefina!

JOSEFINA

¿Podrás decir nunca que me casé contigo halagada por la esperanza de un porvenir brillante? Recuerda cómo te conocí; que para todo estabas menos para enamorar, con aquel trajecito verdoso, que aún me parece que te estoy viendo, y veinticinco duros al mes en el Tribunal de Cuentas; que mis papás me tuvieron todo un verano en El Escorial para distraerme y quitarme de la cabeza que te quisiera. Y yo te quería, por lo mismo; por lástima, como Desdémona a Otelo.

SANTIAGO

Sí, Josefina mía; si yo nunca he dudado..., si yo no me rezco...

JOSEFINA

Me acuerdo del primer regalo que te hice: media docena de pañuelos de hilo; porque gastabas unos de algo-

dón que daba lástima verte cuando te constipabas, con lo propenso que has sido tú siempre a constiparte...

SANTIAGO

Sí; ya sé que tu corazón es muy grande...

JOSEFINA

Y después de casados, en días de apuro, ¿no he sido yo la primera en reducirme? ¿No hemos pasado meses enteros sin criada? Y yo he sido planchadora y cocinera, y te he ayudado a traducir folletines del francés, y he vestido hábito durante dos años para poder presentarme con decencia y gastar en vestir lo menos posible... Y lo más que habrás oído de mis labios... es: «que otros en tu lugar no se verían de aquella manera, que no servirías para nada, que eras un majadero...» Pero nunca me habrás oído quejarme... Y ahora pagas así todos mis sacrificios, diciendo que yo no entiendo de nada serio, que soy una mujer sin discurso...

SANTIAGO

Lo que es eso...

JOSEFINA

Me tratas como a una *cocotte*.

SANTIAGO

¡No digas desatinos! Yo no he tratado a esa gente en mi vida.

JOSEFINA

Luego, si una mujer deja de ser honrada, todos son a recriminar su conducta; su marido el primero.

SANTIAGO

¡Naturalmente!

JOSEFINA

¿Por qué seremos tan tontas las mujeres honradas? ¿Cuando ve una tanta pérdida con el marido tan ufano que no sabe qué hacerse con ella! ¿Por qué habrá una recibido cierta educación?

SANTIAGO

¡Vaya! Este número no figuraba en los festejos de feria. ¡Dichoso Gobierno! ¡Dichoso cargo! ¡Dichoso drama!

JOSEFINA

¿Y tú qué hablas de seriedad? ¡Lo serio, lo digno es lo que tú haces! ¡Faltar de ese modo a tus compromisos! ¡Hacer traición a tus buenos amigos, a los que te defienden y te sostienen..., y ahora que solicitan de ti una insignificancia!...

SANTIAGO

¿Una insignificancia? Que atropelle la ley, la Constitución...

JOSEFINA

Esos son tus escrúpulos; en cambio no tienes ninguno para dejarnos a todos en evidencia, después de lo ocurrido en la catedral; del mensaje que me han dirigido las señoras; de las instancias particulares de nuestros amigos: los del Solar, los Villaquejido, los Remolinos, los Peribáñez..., todo el mundo.

SANTIAGO

Sí, el universo... ¡Ea, ya me atufé yo! ¿Y quién es esa gente? ¿Quién son ellos para dárselas de clases directoras?... Es evidente, lo tengo observado: el síntoma peor para la moralidad de un país es el que los bribones se metan a moralizar. ¡Don Baldomero Remolinos asustándose por una comedia! ¡Ya no se acuerda de que al son del himno de Riego inauguró su primer establecimiento, una tiendecilla de comestibles de mala muerte, hasta que logró la contrata de víveres para el presidio; y eso sí, en aquellos años no se cometió un delito en la provincia; los suministros de don Baldomero ejercían más saludable terror que todas las penas del Código...

JOSEFINA

Parece mentira que te hagas eco de esas populacheras... Infamias, calumnias de gente baja; de esa gente a la que tú quieres satisfacer con un espectáculo de su gusto. Sin duda aspiras a que te aclamen; quieres ser popular, por lo visto; pero no has contado con que no seré yo quien te acompañe en ese ridículo espantoso. Esta misma noche me iré a Madrid; sí, a Madrid; yo sola...

SANTIAGO

¿Estás loca?

JOSEFINA

¿Tú crees que yo voy a soportar las recriminaciones de los amigos, los desaires de todo el mundo?

SANTIAGO

¡Dale con todo el mundo! ¿Pero tú crees que todo el mundo es la docena de personas que nos rodea?

JOSEFINA

No; ya se ve; para ti todo el mundo es... todo el mundo. Vas para tribuno de la plebe. Pero no asistiré yo a tu triunfo; cuando te echen de aquí, como no tardarán en echarte; cuando salgas desprestigiado, en ridículo, entonces comprenderás si tu mujer te aconsejaba con la mejor intención... ¡Y soñabas con un Gobierno de primera clase!

SANTIAGO

¡Qué he de soñar! ¡Con dormir me contentaría yo! ¡Me has levantado jaqueca para una semana!

JOSEFINA

¡Y no tomes a broma lo que te he dicho!... Voy a disponerlo todo para marcharme.

SANTIAGO

¡Pero, mujer, eso no puede ser!...

JOSEFINA

Sólo hay un medio de evitarlo.

SANTIAGO

Josefina, ¡que soy tu marido!

JOSEFINA

Puede que quieras demostrar carácter conmigo. ¡No faltaba otra cosa! Me iré, me iré.

SANTIAGO

Josefina, no demos un espectáculo en estos días de feria. Reflexiona...

JOSEFINA

Los dictados del corazón y de la conciencia no se reflexionan. Tú eres el que ha de reflexionar; tú, que sólo atiendes a respetos humanos, mezquinos.

SANTIAGO

¡Por vida de los trozos escogidos! Corriente... Lo pensaré, veré, consultaré... Si hay un medio, uno solo que, sin atropellar la ley, me permita...

JOSEFINA

¿De veras? ¿Consultarás con personas de talento, de criterio?... Verás como todos dicen lo mismo que yo; verás como entre todos te convencen. ¡Y qué agradable será para mí que todos blasonen de haber conseguido lo que yo no pude conseguir. ¿Te parece bonito?

SANTIAGO

¡Pero tú crees que si no fuera por ti dudaría yo un momento? Sólo por ti vacilo todavía, y deseo, sí, deseo que haya un medio legal de faltar a la ley..., que sí lo habrá, gracias a que estamos en España. Pero no me hables de marcharte a Madrid, ni llores, ni me recrimines... Mira, mira, te has despeinado, te has descompuesto el traje...

JOSEFINA

¡Qué me importa! Esa idea tienes de mí, que sólo entiendo de estas cosas... ¿Por qué me vestiré yo? Por el decoro del puesto que ocupas; pero lo mismo sé ponerme un delantal y trabajar en todo lo que haga falta en una casa...

SANTIAGO

Ya lo sé. ¡Pobrecita mía! Y nunca he comido más a gusto que cuando tú, con tus manos de princesa, preparabas nuestros modestísimos festines...

JOSEFINA

¿De veras? Pues mira, Gobernadora y todo, un día me meto en la cocina, y recordamos aquellos tiempos.

SANTIAGO

Más tranquilos y más felices vivíamos entonces.

JOSEFINA

No, eso no; no vale poetizar desde lejos... Ya no te acuerdas de los malos ratos, y los sofocos, y las humillaciones que hemos pasado en aquel Madrid. Y debías tenerlo muy presente para no exponerte a perder en un día lo que tanto nos ha costado.

SANTIAGO

Sí, es verdad; hubo días muy negros.

JOSEFINA

¿Y quién te aconsejaba siempre lo mejor? ¿Quién te animaba? ¿Quién te daba esperanzas?

SANTIAGO

Tú, tú; tienes razón; no sé cómo he podido tener valor para contrariarte. Haré lo que tú quieras; ahora mismo, sin consultar con nadie. ¿Estás contenta? ¿Sé yo apreciarte en lo que vales? ¿Merezco tu cariño?

JOSEFINA

Sí, sí, ahora lo mereces; pero ya verás cómo yo sé corresponderte. Ya estoy contenta, ¿lo ves? Mira qué fácil es contentarme. Dame un abrazo; otro. ¡Qué bueno eres en el fondo! ¡Cuánto te quiero!

SANTIAGO

Me aprovecho... ¡Cuánto tiempo hace que no me habías dado un abrazo! Desde mi nombramiento.

JOSEFINA

¡Qué exagerado! Cualquiera que te oyese... ¡Desde tu nombramiento!

SANTIAGO

Digo, así..., un abrazo espontáneo; porque comprenderás que no cuento los que impone la fuerza de las circunstancias. ¡Ea!, voy a estudiar el asunto. *(Toca el timbre.)*

JOSEFINA

¿Todavía?

SANTIAGO

Bueno; a resolverlo de plano: a dar el golpe de Estado. *(Entra el empleado.)* Que venga don Trino; que lo deje todo. *(Sale el empleado.)* Y si hay un motín, si la gente se levanta contra mí..., el que no tenga mujer que me tire la primera piedra...

JOSEFINA

¿Qué hablas de motines ni de levantamientos? Los pueblos son como las mujeres: necesitamos un hombre de carácter que se nos imponga, por la fuerza si es preciso.

SANTIAGO

¿Sí? Podías haber empezado por esa máxima...

JOSEFINA

Serás capaz de decir que no haces más que lo que yo quiero; que yo soy la Gobernadora.

SANTIAGO

No, no..., ¿yo qué he de decir?... No empecemos otra discusión.

ESCENA III

DICHOS y D. TRINO

TRINO

¿Qué desea la señora?

SANTIAGO

No es la señora; soy yo; alguna vez he de ser yo. Siéntese usted aquí.

TRINO

¿Si no es cosa urgente!... Me falta el remate del escudo y las almenas del torreón.

SANTIAGO

¿Pero qué torreones ni qué remates son éstos?

TRINO

El escudo de la provincia, todo de flores, que va en el centro de la mesa; a un lado las iniciales de usía, y al

otro las de su digna esposa, por muchos años... Ha quedado precioso.

JOSEFINA

¿Todo eso ha puesto usted? ¿Por qué se ha metido usted en tantos dibujos?

TRINO

Los primores son para las ocasiones. Hoy tiene usted gente de Madrid, y yo quiero que vean que por acá también sabemos hacer algo de gusto, sí, señora.

SANTIAGO

Vaya, don Trino, voy a dictarle a usted en un momento. Luego rematará usted esa obra de arte.

JOSEFINA

Sí, hay tiempo todavía.

SANTIAGO

La ortografía de usted es la única de confianza en esta casa.

TRINO

Sí, señor, aunque esté mal la propia alabanza; pero los setenta y dos Gobernadores que han pasado por esta casa en los veinte años que llevo en ella, siempre han estimado mis modestos servicios... De sus señoras, no hay que hablar; porque todavía me escriben algunas muy agradecidas; porque en componer abanicos y sombrillas y pegar porcelana, como en toda clase de ornamentación, tanto como en entretener a los niños con juguetes nuevos y preparar un almidón especial para el planchado, que es un secreto de unas monjas que se lo

dejaron de palabra, como favor especial, a la pobre tía que me crió, hermana de mi padre, ¡Dios los tenga en gloria!...

SANTIAGO

Don Trino, que el asunto es urgente.

TRINO

Perdone usía; como la señora me escuchaba con interés...

JOSEFINA

¡Ay! Si yo estaba pensando en otra cosa.

TRINO

Con esta pluma no haré yo cosa de provecho.

SANTIAGO

Déjese usted de floreos caligráficos.

TRINO

Permítame usía, pero tengo mi puntillo de amor propio... ¡Ah!, antes que se me olvide, el refresco...

JOSEFINA

¿Ocurre algo? ¿Estará bien servido?

TRINO

Así lo espero; pero es el caso que se ha encargado al café de las Cuatro Naciones...

SANTIAGO

Donde siempre,

TRINO

Permítame usía, donde siempre, durante las situaciones liberales, porque el dueño es liberal muy caracterizado; pero en situaciones conservadoras... se ha encargado siempre al café de Europa; y el dueño se ha resentido en esta ocasión, en mi sentir con algún fundamento, porque es persona que hace sacrificios por el partido.

SANTIAGO

¡Y yo qué sabía! Di el encargo...

JOSEFINA

Como todo: sin enterarte, sin saber...

SANTIAGO

Bueno, bueno; supongo que no tendremos otro conflicto por el refresco.

TRINO

Espero que no, porque con permiso de usía y sin contar con su venia, aunque desde luego contaba con su aprobación, he salvado el lapsus partiendo la diferencia. He encargado los helados de mantecado a las Cuatro Naciones, y los de fresa a Europa. Con esto queda sentido un precedente muy ventajoso, porque yo creo, salvo mejor opinión de usía, que el servir un refresco no debe hacerse cuestión política. Puede usía dictar cuando guste. (*Voces dentro.*)

JOSEFINA

¿Quién viene a estas horas?

ESCENA IV

DICHOS y ESPERANZA

JOSEFINA

¿Cómo tan temprano y sola?

ESPERANZA

(*Echándose en sus brazos y llorando.*) ¡Ay, Josefina de mi alma, qué desgraciada soy!

JOSEFINA

¿Qué te pasa?

SANTIAGO

¿Qué le sucede a esa niña? (*A D. Trino.*) Un momento... Vamos...

JOSEFINA

¿Has tenido algún disgusto con tu papá o con tu mamá?

ESPERANZA

Yo no tengo papá, yo no tengo mamá, yo no tengo a nadie en el mundo...

SANTIAGO

¡Pero, niña!...

JOSEFINA

Vaya! Los mimos de siempre.

TRINO

(*Acercándose a D. Santiago, que no le atiende.*) Con per-

miso; aprovecharé para terminar los torreones... No sosiego hasta concluir... Con permiso...

SANTIAGO

(*Sin hacerle caso.*) Sí, hombre; sí. (*Sale D. Trino.*) (*A Esperanza.*) Conque, vamos, ¿qué ha sido ello? ¿Cómo has venido sola?

ESPERANZA

Me ha traído una muchacha, y vengo a quedarme con ustedes, depositada... Mi casa es peor que la Inquisición.

JOSEFINA

¡Vaya, Esperancita!

SANTIAGO

Si no supiéramos la verdad, creeríamos que eras otra niña martirizada.

ESPERANZA

Como la gente no está en interioridades... Figúrense ustedes que papá no hace más que comprarme cosas estos días...

JOSEFINA

¡Eso es horrible!

ESPERANZA

Sí, búrlate. Cuando papá me regala tanto es porque trata de darme algún disgusto y quiere prepararme.

JOSEFINA

¿Y pareció el disgusto?

ESPERANZA

¡Ya lo creo! Hoy me ha llamado a su despacho y me ha dicho..., me ha dicho...

JOSEFINA

Acaba...

ESPERANZA

«Esperanza, hijita mía...» Cuando papá me llama de esta manera, siempre es para decirme algo desagradable. «Yo no quiero contrariarte en nada...»

JOSEFINA

Ya lo ves...

ESPERANZA

Espera. «¿Quieres a Polito o quieres a Manolo? Decídetes; elige y no des más que hablar con tus coqueterías, embromando al uno y al otro y poniendo en ridículo a tus padres.»

SANTIAGO

Tiene mucha razón.

ESPERANZA

¿Razón para hablarme de esa manera? Obligarme a que yo elija sin que nadie me aconseje, sin que a nadie le importe que yo sea desgraciada para toda la vida, y después no pueda quejarme, porque me diría: «Tú lo quisiste, fué gusto tuyo...»

SANTIAGO

Es un problema...

JOSEFINA

Ahora, entre nosotros, ¿tú a quién prefieres, a Leopoldo o a Manolo?

ESPERANZA

¡Pues si yo lo supiera!...

JOSEFINA

¿Y has salido de tu casa sin decir que venías aquí?...

ESPERANZA

¡Pues no faltaba más sino que lo hubiera dicho! Esa es otra. No sabes cómo se ha puesto mamá cuando ha sabido que don Santiago permitía la representación de ese dichoso drama.

SANTIAGO

¿De veras? Pero si yo... A propósito... ¿Y don Trino? ¿Dónde está don Trino? (*Llama y sale el empleado.*) Avise usted a don Trino.

JOSEFINA

¿Y qué ha dicho?

ESPERANZA

Verás: llegó la Marquesa diciendo que había visto los carteles, que tú habías faltado a tu palabra, que Su Ilustrísima había mandado a preguntar y que todas las señoras estaban indignadas contigo, y esta noche no vendría ninguna al Gobierno, ni volverían a saludarte.

JOSEFINA

(*A D. Santiago.*) ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Qué disgusto! ¿Qué te decía yo? Pero si no hay nada de eso, si es una

mala interpretación... Déjame, déjame, que voy a escribir cuatro letras a la Marquesa explicándole... (*Se sienta y se pone a escribir.*) Y tú, ¿por qué no has dado ya esa orden?... Tendré que darla yo...

SANTIAGO

¡No faltaba más! En seguida... Pero ese don Trino... Don Trino... Tendré que traerle yo mismo... (*Sale.*)

JOSEFINA

(*Sin dejar de escribir.*) ¿Y qué ha dicho la Marquesa? Se habrá desatado.

ESPERANZA

¡Cosas horribles! Y como yo te quiero mucho...

JOSEFINA

Ya lo sé, monina.

ESPERANZA

Y tú no tienes la culpa de que tu marido haga lo que le parezca.

JOSEFINA

¡Naturalmente! ¡Cualquiera puede con los hombres! Ya verás; ya verás cuando te cases. No hacen más que lo que se les antoja... Perdona un momento. (*Sigue escribiendo.*)

ESCENA V

DICHAS y la MARQUESA DE TORRELODONES.
Después D. SANTIAGO y D. TRINO.

MARQUESA DE TORRELODONES

Ya estoy vestida... ¡Hola, Esperancita! ¿Y tu mamá? ¿No viene a ver los fuegos?

ESPERANZA

No lo sé...

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Vendrá mucha gente, Josefina?

JOSEFINA

No sé; perdona, concluyo en seguida.

ESPERANZA

Puede que no venga nadie.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Nadie? ¡Ah! ¿Sigue la historia del teatro? ¡Pero esta vida de provincia es insoportable! ¿Qué ocurre? ¿Hay alguna novedad? (*Josefina y Esperanza hablan a un tiempo.*)

JOSEFINA

Tonterías de Santiago... Figúrate...

ESPERANZA

¡Cosas de la Marquesa, que ha de meterse en todo!...

JOSEFINA

Que sin pensar había dado permiso.

ESPERANZA

Y la Marquesa dice que Josefina ha faltado a su palabra...

JOSEFINA

Y las señoras no quieren venir esta noche. *(Don Santiago ha entrado momentos antes y se dispone a seguir dictando, pero el ruido de la conversación no le deja.)*

SANTIAGO

Hagan ustedes el favor, un momento... A ver si nos entendemos...

TRINO

¿Qué es esto? Yo no he escrito esto...

SANTIAGO

A ver... *(Leyendo.)* «Querida amiga: Con sentimiento he sabido que...» Y en la otra cara la comunicación al Ministro... Mira, Josefina, esto de mezclar la vida pública con la privada a cada paso, es intolerable. *(A D. Trino.)* Venga usted conmigo.

JOSEFINA

No, no; nos vamos nosotras... No rompas esa carta; la copiaré.

SANTIAGO

¡Eso es! Deja que copien antes la comunicación...

JOSEFINA

Será más urgente... Más valía que hubieras dado ya la orden sin explicaciones al Ministro...

SANTIAGO

Será más interesante que se entere la Marquesa. Copie usted, don Trino.

TRINO

(Con finura.) Puede llevarse la carta la señora. Recuerdo perfectamente los términos de la comunicación, y sin que discrepe una letra puedo escribir de nuevo.

SANTIAGO

Toma... Y usted perdone, Carmen... Pero estos días... ¡Qué días!

JOSEFINA

Todo por no tener carácter.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay, qué provincias! ¡Madrid de mi alma!

JOSEFINA

Tienes razón. ¡Aquella libertad...!

ESPERANZA

En cuanto yo me case, a Madrid en seguida. *(Salen hablando.)*

ESCENA VI

D. SANTIAGO, D. TRINO. Después D. BALDOMERO.

SANTIAGO

¡Qué mujeres!

TRINO

Son la más bella mitad del género humano, es indu-

dable; proporcionan ratos muy agradables; pero cuando hay que hacer algo de provecho, son perturbadoras, sí, señor... Quedamos en (*Leyendo.*) «Y a mayor abundamiento...»

SANTIAGO

Eso es... Y a mayor abundamiento, como el estado de perturbación de las conciencias... (*Entra D. Baldomero.*)

BALDOMERO

¡Señor don Santiago!...

SANTIAGO

¡Amigo don Baldomero!... ¡A qué debo tanto honor?

BALDOMERO

¿No está aquí Esperancita?

SANTIAGO

Sí, señor. ¿Viene usted a buscarla?

BALDOMERO

No, no... Pero siga usted, siga usted...

SANTIAGO

¡No faltaba más!... (*A D. Trino.*) Pase usted a Secretaría; allá voy en seguida.

TRINO

En Secretaría están las garrafas.

SANTIAGO

No importa. (*Sale D. Trino.*) Usted dirá, don Baldomero...

BALDOMERO

Usted dirá, don Santiago; usted dirá si se puede jugar así con la seriedad de las personas.

SANTIAGO

Tranquilícese usted y todo el mundo, como dice mi mujer; en este momento dirijo una razonada comunicación al Ministro, sin perjuicio de telegrafiar ahora mismo anunciándole la prohibición de *Obscurantismo*.

BALDOMERO

Entonces, ¿cómo se han fijado los carteles? ¿Cómo se despachan billetes en Contaduría? Por cierto que, al venir, he visto la cola.

SANTIAGO

¿Hay cola? ¿No decían ustedes que no iría nadie?...

BALDOMERO

Hay cola; pero ¡de qué gente!... ¡La hez!

SANTIAGO

En fin, yo he dado la campanada. Si se altera el orden, ustedes serán los responsables. Yo, con resignar el mando en el capitán general... ¡Ay, si pudiera resignar también el de mi casa!

BALDOMERO

No piense usted en eso. Todas las personas de orden estamos al lado de usted.

SANTIAGO

Sí, ya lo sé; pero yo creo que el arte de gobernar consiste en tener al lado a la gente de desorden...

BALDOMERO

¡Mire usted, don Santiago: el humorismo sí que no ha sido nunca gubernamental! ¿Y su secretario de usted, don Manolito? ¿Por dónde anda? Tengo que hablarle...

SANTIAGO

No sé si habrá venido. (*Llama.*)

BALDOMERO

Ese joven es de cuidado. (*Sale el empleado.*)

SANTIAGO

¿Está don Manuel?

EMPLEADO

Me parece haberle visto entrar con otro caballero.

SANTIAGO

Dígale usted que don Baldomero le espera aquí. (*Sale el empleado.*) ¿Dice usted que es de cuidado? ¿Por qué? ¡Porque la gente ha dado en decir que hace el amor a su niña de usted! Le advierto a usted que su posición, hoy día, no es muy brillante para aspirar..., pero es un muchacho activo; le tengo por honrado...

BALDOMERO

Y a mí me satisface la opinión en que usted le tiene.

SANTIAGO

Desde que le tuve de auxiliar en Hacienda...

BALDOMERO

¡Ah! ¿Conque de auxiliar?...

SANTIAGO

Sí, señor; sí... ¡Chits! Aquí viene.

ESCENA VII

DICHOS y MANOLO

MANOLO

¡Señores!...

BALDOMERO

¡Querido! Venga usted acá... Ya sabe usted que se le quiere.

MANOLO

Sí, ya veo...

SANTIAGO

Vaya, don Baldomero quiere hablar con usted particularmente. Yo voy a resolver ese enojoso asunto...

MANOLO

¿Del teatro?

SANTIAGO

Sí. ¡Prohibición absoluta! Hay que tener carácter.

MANOLO

¿Prohibición?...

BALDOMERO

Sí, hombre; sí...